



SIC

Revista de orientación católica

Seminario Interdiocesano Caracas.
Apartado 413

Año I. — Número 5 — Tomo 1.

Mayo, 1938.

¿Quién habla de Democracia?

“Contra la guerra y el fascismo”.

Tal es el novísimo lema de la Internacional de Moscou, maestra en el arte de las consignas electorales y no menos en la ciencia del más despreocupado camaleonismo.

“Contra la guerra y el fascismo”.

—¿Quién habla contra la guerra?— Los mismos cuya doctrina fundamental es la “lucha” de clases. Los mismos que en su prensa asalariada hablan de los prodigios de la Rusia nueva; de su inmenso ejército— el mayor de los organizados por las primeras potencias; de su aviación rapidísima— la primera también en número de aparatos—; de sus cañones; de sus barcos; y, lo que es más, de sus reservas de espeluznante eficacia para la guerra química y bacteriológica.

Y no seremos nosotros quienes nieguen a Rusia una considerable potencialidad militar, a pesar de sus rotundos fracasos en las experiencias hechas, tan a su sabor, en los frentes rojos de la guerra civil española. El Soviet dispone con mano dictatorial de las riquezas de un inmenso imperio, y le importa poco disponer del trabajo esclavo de millares de obreros (¡liberados!) para el robustecimiento militar de su monstruoso imperio de cerca de doscientos millones de hombres.

Hace 88 años—lo recordábamos en nuestro anterior editorial—anunciaba Donoso Cortés que “el gran imperio anticristiano será un colosal imperio demagógico, regido por un plebeyo de satánica grandeza”. Y el célebre conferencista de Nuestra Señora de París: P. Félix S. J. tronaba así desde su cátedra conminando a los ateos el año de 1868:

“Yo os concedo en esta parte (en el progreso material), aun cuando vosotros no podéis exigirlo, el privilegio de una superioridad no disputada: hasta os supongo el primero y el más poderoso de todos los pueblos en este orden de cosas. ¿De qué os servirá para vuestro verdadero progreso esa superioridad en el poder material? ¿Qué

“Supongo que un día, algunos de esos malvados que el ateísmo engendra por doquiera como legítima y digna posteridad suya, se ven levantados a la más alta cumbre por el oleaje de las revoluciones y por el viento de las ambiciones; y que allí, en ese punto céntrico en que la política tiende a hacer que converja todo, ponen a un tiempo mismo sobre todos los resortes su mano despótica, que la injuria de los tiempos ha hecho omnipotente. ¿Qué harán todos esos bandidos afortunados, armados con los poderes del progreso material? Oid: mandarán a los telégrafos que envíen a todas partes, y a una misma hora, el signo de la muerte: mandarán al vapor que lleve a todas partes, con la rapidez del ave, los instrumentos y los ejecutores de las venganzas populares. Un ejército de verdugos, salidos de todas las encrucijadas de la revolución triunfante, se levantará y caminará como un solo hombre, a la señal que le dé un déspota de baja estofa, salido ayer, como un demonio del infierno, de los antros de la demagogia sangrienta. Y entonces ¿qué podrá ser, en qué podrá venir a parar al cabo de algunas semanas, tal vez de algunos días, ese templo de la civilización material que había llegado a su mayor altura? Vendrá a parar en un inmenso matadero de hombres, construido por algunos malvados para asesinar a las gentes honradas. Pero no os engaños; ese progreso material, creciendo en un pueblo que no tiene ni religión ni Dios, no es otra cosa que el arma puesta en manos del más fuerte para acabar con el más débil”.

Así hablaba hace 70 años el P. Félix en el púlpito de Nuestra Señora de París. No me negaréis que su visión del imperio ateo — orgulloso de su progreso material — coincide plenamente con la Rusia sin Dios que nos quieren presentar como ideal nuestros buenos camaradas de la prensa de izquierda.

Ved ahora la irritante ironía de esas amables asociaciones rusas, parisienses, neoyorquina, londinense o mexicana que dicen: “Contra la guerra...”. Señuelo dé incautos, espejismo de almas infantiles e irreflexivas, engañifa de bobos e insensatos.

No es menos irritante el segundo apartado del lema: “Contra el fascismo”..

¿Quién habla contra el fascismo? ¿Quién habla contra las dictaduras?

¿Quiénes predicán contra la centralización de todo poder: ejecutivo, legislativo y judicial en manos de un sólo hombre?

—¡Los adoradores de Stalin!

¿Quiénes protestan contra la propaganda, subvencionada y regida por el Estado, apoyada en la violencia si el caso lo requiere?

—Los discípulos de Lenin, que proclamó: “El poder se funda en la violencia, no en la ley. Toda clase de ayuda para la dictadura del proletariado es ética”.

¿Quiénes protestan contra el acaparamiento por parte del Estado de todo derecho, personal, político, religioso y económico?

—Los mismos que se los conceden a Moscou.

¿Quién se lamenta del monopolio gubernamental de un solo partido?

—Los que lo reclaman para la audaz pero insignificante minoría comunista.

Libertad, libertad amada,

Combate con tus defensores...

cantaban por las calles de París, en las últimas elecciones, incautos grupos de jóvenes comunistas. Y el ilustre P. Groizier escribió inmediatamente una glosa de los falaces versos, — cuya traducción aparecerá muy pronto en Caracas — probando que en la Rusia soviética no existía ni libertad individual, ni libertad de pensar, ni libertad de prensa, ni libertades cívicas, ni libertad familiar, ni libertad religiosa, ni libertad de poseer. Y terminaba:

“¿Esa es la libertad que nos brindáis? — Gracias, camaradas; no la queremos”.

En cada cartel de propaganda debiera estamparse aquel epígrafe de un capítulo de la obra de R. Feely: Fascim, Comunism, The U. S. A.

S T A L I N es el Rey de los fascistas.

Pero un fascismo sin Dios, Patria ni Hogar.